

han de suceder en los últimos tiempos. Tu estabas pensando en tu lecho, sobre las revoluciones que ocurrirán á tu imperio, cuando viste una grande estatua, cuya cabeza era de oro, el pecho y brazos de plata, el vientre y muslos de cobre, las piernas de hierro, y los pies de barro. Una piedra se desgajó del monte por sí misma, y dando con fuerza en los pies de la estatua, la redujo á polvo que se llevó el viento: pero la piedra que habia herido á la estatua creció como un monte, y llenó toda la tierra. Este fué, o Rey, tu sueño, y esta es la interpretacion. Tú eres la cabeza de oro, y tu imperio el mayor; el pecho y brazos de plata será otro reino menor, que sucederá al tuyo; luego se levantará otro reino de cobre, el cual mandará á toda la tierra; el cuarto reino será de hierro, que desbaratará á los tres anteriores; el quinto será un reino, que Dios levantará de todos los demas, y el cual subsistirá para siempre. Nabucodonozor escuchó con admiracion la maravillosa narracion de las futuras revoluciones, cayó sobre su rostro, y confesó que el Dios de Daniel era el Dios de los dioses, el Rey de los reyes, y el revelador de los misterios. Daniel fué elevado á la dignidad de Príncipe sobre todas las provincias de Babilonia, y Presidente de todos los consejos del imperio: y por su favor fuéron nombrados sus tres compañeros superintendentes de la provincia de Babilonia.

Estos tres jóvenes Hebreos tuvieron muchos envidiosos entre los nobles, que miraban con zelos los honores que les conferia el Soberano, y buscaban

oportunidad para desgraciarlos. Nabucodonozor habia erigido una estatua de oro de un tamaño enorme, en el campo de Dura en la provincia de Babilonia: y al mismo tiempo espidió un edicto, mandando á todos los nobles y jefes del reino asistir á su dedicacion, y adorarla bajo pena de muerte. En cumplimiento de la orden soberana viniéron al campo todos los Príncipes, Generales y Gobernadores de las provincias, para humillarse delante de la grande estatua; pero Sidrac, Misac y Abdénago no asistieron, y por esto fuéron acusados al Rey de desprecio y desobediencia. El soberbio Nabucodonozor les mandó comparecer, y los amenazó con hacerlos echar en un horno ardiendo, sino cumplieran con el edicto como el resto de sus vasallos. Los tres jóvenes, confiando en el Dios de Israel, no temieron las amenazas y respondieron perentoriamente, que no adorarian la estatua erigida ni á dios alguno del Rey; que el Dios á quien adoraban, los libraria de todo mal que el Rey quisiera hacerles; ó que si era la voluntad del Señor que padecieran, estaban dispuestos á perecer ántes que faltar al mandamiento de su Dios. El orgulloso Déspota, que no podia sufrir oposicion á su voluntad, mandó atarlos y arrojarlos en un horno de fuego, que en esta ocasion fué encendido con siete veces mas leña de lo usual. Los tres Judíos, vestidos como estaban, cayéron en el fuego sin recibir lesion alguna; al mismo tiempo que los hombres que los echáron, muriéron abrasados con las llamas que salian del horno. El Señor protegió á sus verdaderos fieles, por el ministerio de un Angel

que descendió al horno, les rompió las ligaduras, y los acompañaba paseando en medio de las llamas, alabando y bendiciendo á Dios con un sublime cántico de gracias. Informado Nabucodonozor de que los jóvenes se paseaban ilesos por el horno, se levantó apresuradamente á ver lo que no podia creer, y quedó atónito cuando al acercarse, vió con ellos una cuarta persona con un aspecto resplandeciente. Lleno de admiracion el Rey con tan rara maravilla, llamó á los siervos de Dios, y estos saliéron al instante del medio del fuego. Los Príncipes y Gefes de Babilonia contemplaban admirados, y examinando á los tres jóvenes, halláron que el fuego no habia hecho la menor impresion sobre sus cuerpos ni vestidos, ni chamuscado un cabello de su cabeza. Atónito Nabucodonozor, prorumpió diciendo: Bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y Abdénago, que envió su Angel para librar á los que creyéron en él. Mando que cualquiera que blasfemare contra el Dios de estos Hebreos perezca, y su casa sea destruida; porque no hay otro Dios como el de Israel. El Rey entónces promovió á los tres Hebreos á los mayores empleos del reino.

Aunque Nabucodonozor habia confesado el poder del Dios de Israel, por los prodigios que habia obrado por medio de Daniel y á favor de los otros Hebreos, hasta ahora no le habia reconocido por su Dios. El habia decretado pena de muerte al que blasfemare contra el Dios de Daniel, pero no habia mandado á sus vasallos que le diesen culto; ni hubiera podido, por el solo medio de un edicto, sacar á su in-

menso imperio de la idolatría: así es que el Rey, los sacerdotes, y todo el pueblo de Babilonia, estaban sumergidos en un abismo de supersticiones las mas groseras. El sabio Daniel se aprovechó un dia de una ocasion favorable, para convencer al Rey de las imposiciones que practicaban sobre el pueblo los sacerdotes del ídolo mas principal. Bel era en aquel tiempo el ídolo favorito de los Babilonios; y aunque los atributos de su divinidad eran groseros en extremo y ridículamente sensuales, este dios gozaba la veneracion, no solo de la plebe ignorante mas del Rey mismo. Bel era un dios muy gloton; cada dia le llevaban para su alimento doce hanegas de harina, cuarenta carneros, y seis cántaras de vino, y con todo siempre estaba hambriento: siendo el mayor cuidado de sus ministros que no faltara esta refaccion cotidiana de su Dios, por temor de que con las ansias del hambre hiciera estremecer al cielo y la tierra. Por mas grosera que se manifestaba la imposicion, el ignorante pueblo continuaba en su delusion, sin sospechar que los sacerdotes del voraz ídolo entraban al templo de noche por un pasage subterráneo, mantenido en religioso secreto entre ellos, y se llevaban todas las provisiones que diariamente se le ofrecian.

Daniel comia á la mesa con el Rey, siendo la persona mas favorecida en su reino. Un dia preguntó el Rey á Daniel ¿porqué no adoras á Bel? Yo no adoro ídolos hechos de mano, respondió, sino á un Dios vivo que crió al cielo y á la tierra. Nabucodonozor, que juzgaba de la divinidad de Bel por su enorme poder

digestivo, se admiró al oír decir que Bel no era un dios viviente; y preguntó á Daniel, ¿Cómo se atrevía á negar la vitalidad de Bel, consumiendo diariamente tanta comida y bebida? A pesar del respeto debido al Soberano, Daniel no pudo contener la risa y respondió: No te dejes engañar, o Rey; Bel es un dios de barro por dentro, de bronce por defuera, y no come. La decidida respuesta de Daniel puso al Rey en la alternativa: ó de creer que los sacerdotes del ídolo le engañaban groseramente, ó que Daniel le insultaba con descaro, y entónces resolvió salir de una duda ofensiva á su magestad. Primero llamó á los sacerdotes y les dijo: Si no me declarais quien come las provisiones que se llevan diariamente al templo, moriréis; massime hiciereis ver que Bel la consume, pagará Daniel con su vida la blasfemia que ha dicho contra él, y su falta de respeto á mi persona. Sea como lo has dicho, respondieron todos; preséntense la viandas á Bel, y quedarás satisfecho. Al día siguiente fué el Rey con Daniel al templo, á donde los recibieron los sacerdotes, que eran no ménos de setenta sin contar las mugeres y los hijos. O Rey, dijéron les ministros del ídolo, mira que nosotros todos vamos afuera; haz poner las viandas y el vino, cierra la puerta, y sállala con tu anillo; y si mañana temprano cuando entrares, no vieres que Bel lo ha comido todo, nos someterémos á tu justa indignacion: mas si Bel ha consumido todo, perezca Daniel por haber blasfemado contra Dios y calumniado á sus ministros. El Rey mandó poner las viandas delante del ídolo, y Daniel mandó á sus criados traer

ceniza, y cernerla por todo el templo en presencia del Rey; luego salieron, cerraron las puertas, y sellándolas con el anillo real se fueron. Los sacerdotes, agenos de la sagacidad del Profeta, entraron de noche por el subterráneo segun su costumbre, comieron y se llevaron el resto de las provisiones. El Rey y Daniel fueron muy de mañana al templo, examinaron los sellos, y Daniel confesó que estaban como los habian dejado. Luego que abrieron la puerta y entraron, miró el Rey á la mesa, y viendo que todas las provisiones habian desaparecido, exclamó: Grandes eres, o Bel, y no hay en tí engaño alguno. Daniel que podia ahora reirse impunemente, detuvo al Rey para que no se acercase más, diciéndole: Mira Señor el suelo, y considera de quien pueden ser estas huellas; entónces vió el Rey que eran huellas de hombres, de mugeres y de niños; corrido con la imposicion que le habian hecho, mandó al instante registrar todo el templo, y hallaron el postigo secreto por donde entraban los impostores á comer la abundante racion de su dios. Arrebatado en cólera Nabucodonozor por el vergonzoso engaño, mandó matar á todos aquellos impostores con sus familias; y Daniel triunfante se ocupó entretanto en hacer destruir no solo el ídolo mas el templo tambien.

Un desengaño tan manifiesto deberia haber convencido al Rey de todos los demas objetos groseros de la adoracion de los gentiles; pero miéntras la mente no forma una justa idea del verdadero Dios en la inmensidad de sus atributos, á un error sigue otro

mas ridículo, y así va creciendo el caos tenebroso de la superstición. La vergonzosa imposición de Bel acababa de descubrirse, y la ignorancia halló otro objeto de adoración en un horrible monstruo. Un dragón enorme fué hallado en un bosque, y la estraña singularidad del reptil fué considerada por los Babilonios como atributo de divinidad. El monstruo recibía ahora las ofrendas que el insensible Bel había perdido, y las devoraba á presencia de todos. Tragar y menearse eran argumentos muy poderosos de la animación del nuevo dios; así creyó Nabucodonozor que Daniel no podría negar que este era un Dios vivo, y que le adoraría. No obstante el movimiento, Daniel negó que era un Dios vivo, y pidió permiso para matarle sin espada ni palo en presencia del Rey. Este lo concedió y Daniel preparó una composición; hizo unos bollos con ella, los arrojó al dragón, y apenas los había tragado reventó el monstruo. « He aquí el Dios que adorais » fué todo el discurso de Daniel á los presentes; y nada podía ser mas elocuente en aquel momento.

Quando el pueblo atribuye á encantos los mayores prodigios, nada puede sacarlos de su error: los Babilonios creyeron que Daniel era un mágico, asesino de sus dioses, y que el Rey era su cómplice; y amotinados, esparcieron la voz de que el Rey se había vuelto Judío, y renegado á los dioses de Babilonia. Esta acusación, la mas fatal que puede hacerse á un Rey, hizo temblar á Nabucodonozor en medio de su poder, y para salvar su persona y su familia, entregó

á Daniel al resentimiento de un pueblo furioso. Estos mortales enemigos del siervo de Dios le echaron al instante en un lago, donde siete leones hambrientos aguardaban para devorarle; pero el Señor no solo le libró de las garras de las fieras, mas le proveyó de alimento por el ministerio de un Angel. El virtuoso Habacuc que vivía en Judea, había cocido la comida y acomodado algunos panes para llevarlo á sus segadores; el buen hombre caminaba al campo con su canasto, cuando le salió al encuentro un Angel diciéndole: Habacuc, lleva esa comida que tienes á Daniel, que está en el lago de los leones en Babilonia. La orden parecía muy difícil en la ejecución, y aunque las palabras eran claras, Habacuc no sabía los medios para cumplirla, ni el objeto á que se dirigía: por lo que sin mostrar desobediencia, respondió: Señor, yo no conozco á Daniel, no sé donde está Babilonia ni el lago de los leones. El Angel sin decir mas palabras le tomó por los cabellos, y con el ímpetu de su espíritu le llevó á Babilonia y le puso sobre el lago. Daniel, dijo Habacuc, Daniel siervo de Dios, toma la comida que te envía el Señor. Daniel miró al cielo y exclamó: Tú, o Dios, te has acordado de mí, porque no desamparas jamas á los que te aman: entónces tomó las provisiones, y mientras comía, el Angel volvió á Habacuc al sitio mismo donde le había tomado. Pasados seis días que Daniel había estado entre los leones, vino el Rey á mirar al lago para llorar el destino fatal de su fiel amigo, y cuando llegó á la lumbrera, vió al santo Profeta sentado en medio de los leones. Pasmado el monarca al

ver á Daniel acariciado de las fieras, miró al cielo, y dijo en alta voz : Grande eres tú, Señor Dios de Daniel, y no hay otro Dios sino solo tú. Daniel fué inmediatamente sacado del lago, y aquellos que habian maquinado su ruina fuéron echados á los leones, y devorados delante de él en un momento.

Siempre que Nabucodonozor veia algun prodigio hecho por el Señor á favor de sus fieles Hebreos, bendecia al Dios de Israel, ó como usaba decir, al Dios de Daniel, pero nunca le reconocia por suyo ni preguntaba por su Ley : porque pasada la impresion de la maravilla, se olvidaba del Omnipotente á quien acababa de bendecir. En pena de esta insensibilidad decretó Dios un castigo cruel, y se le mostró en sueño. El rey vió un árbol prodigioso, cuya copa tocaba el cielo, y las ramas se estendian por todas las estremidades de la tierra: los animales pacian bajo su deliciosa sombra, y las aves del cielo moraban en sus frondosas ramas, alimentándose todos con la abundancia de su fruto. El Rey miraba absorto aquel árbol inmensurable, cuando el Angel del Señor descendió del cielo, y con una voz muy fuerte dijo : « Cortad el árbol, desmochad sus ramas, sacudid las hojas, y esparcid el fruto; pero dejad la cepa de sus raices, y amarradla con cadenas de hierro y de cobre; moje el rocío del cielo su tronco por siete años; que su medula se convierta en corazon de hombre, y que viva entre las fieras de la tierra. » Despavorido el Rey con el aspecto de aquella vision misteriosa, y mucho mas con la sentencia pronunciada por el santo vela-

dor, consultó á Daniel sobre su interpretacion. El Profeta escuchó atento la narracion del Rey, y quedó pensativo por una hora, hasta que Nabucodonozor, que presentia algun mal, le pidió la esplicacion y que hablase sin temor. Daniel se levantó y dijo : « Señor el sueño recaiga sobre los que te quieren mal, y lo que él significa sea para tus enemigos. El árbol que viste eres tú mismo, que has sido engrandecido y te has hecho poderoso : ha crecido tu grandeza y ha llegado hasta el cielo, y tu potestad hasta los terminos de la tierra. Aquellas palabras del santo veldor son la sentencia que el Altísimo ha pronunciado contra tí. Te separarán de los hombres, y vivirás con las bestias y las fieras : comerás heno como un buey, y serás bañado con el rocío del cielo por siete años para que te convenzas, de que el Excelso tiene dominio sobre el reino de los hombres, y le dá á aquel á quien quiere. Pero como la cepa de las raices ha quedado reservada, así tambien permanecerá tu reino para tí, despues que conozcas que toda potestad viene del cielo. Toma, o Rey, mi consejo; borra tus pecados con limosnas, y redime tus maldades ejercitando la misericordia con los pobres : y así podrá ser que Dios perdone tus pecados. » Nabucodonozor oyó con indiferencia la interpretacion, y no se aprovechó del saludable consejo de Daniel.

Doce meses despues de este anuncio, no le quedó al Reyni la memoria de la amenaza del cielo. Un dia subió á las azoteas de su palacio para divertirse con la vista de Babilonia, y se llenó de vanidad al ver la

grandeza á que habia llegado la capital bajo su reinado. Enagenado en su presuncion, fué despertado por una voz del cielo, que le repetia la misma sentencia de su castigo, que un año ántes habia oido de boca de Daniel. En aquella misma hora se embruteci6 su corazon; nadie podia detenerle en la compa \tilde{n} ia de los hombres; y como una bestia, sali6 al campo á comer heno, y á dormir desnudo al roc6o por siete a \tilde{n} os. Durante esta vida brutal, le creci6 cabello por todo el cuerpo como á un oso, y las u \tilde{n} as como á un ave de rapi \tilde{n} a. Cumplidos los siete a \tilde{n} os de su embrutecimiento le fué restituida la racionalidad, y el primer ejercicio de sus facultades fué levantar los ojos al cielo y confesar á voces el supremo dominio del Excelso sobre todas las criaturas: los Grandes y Magistrados vinieron á congratularle, y fué restablecido en su reino y á su antigua grandeza. Humillado ahora por el poder de Dios, y convencido de la justicia de la sentencia que habia sufrido, espidi6 un manifiesto, para informar á todo su imperio las maravillas que el Se \tilde{n} or habia obrado para mostrarle que el Dios de Daniel era el Soberano del universo, que sus obras eran verdaderas, sus caminos juiciosos, y que 6l solo puede humillar á los vanos y soberbios.

El Profeta Daniel tuvo otra oportunidad de mostrar los designios del Altisimo, en la condenacion de Baltazar hijo de Nabucodonozor y sucesor en el imperio. Este Rey celebr6 un magnifico convite para festejar á los Grandes y Se \tilde{n} ores de la corte; mil nobles asistieron al suntuoso banquete, solicitos en complacer al

Soberano, que por su parte los excitaba á la alegrí a con repetidos brindis. Los triunfos de la nacion recordaron la conquista de Judá, y el saqueo de Jerusalem trajo á conversacion los sagrados vasos de oro y plata que Nabucodonozor habia traído del templo. Algunos cortesanos espresaron deseos de ver aquellos vasos, y al instante mand6 el Rey á su tesorero traerlos para el servicio de la mesa. Su vista excit6 á cada uno á beber en ellos, y hasta las mugeres y concubinas gustaron vino en los vasos sagrados, cantando, como en irrisi6n del Se \tilde{n} or de Israel, himnos á sus ídolos. En lo sumo de su profana alegrí a, vi6ron de repente una mano que escribia en la superficie de la pared, en frente del gran candelero, unas palabras ininteligibles. Esta estra \tilde{n} a apariencia cambi6 pronto la alegrí a en sobresalto; el alboroto que hacia estremecer el real salon con palmadas y risa, se mud6 en quietud y silencio de sepulcro; todos miraban y veian moverse la mano del invisible agente, pálidos, palpitá ndoles el corazon, y batiéndose les las rodillas de temblor. Baltazar, mas asustado que todos, gritaba en alta voz llamando á los sabios para esplicar aquella vision; ofreciendo á cualquiera que leyese aquellas palabras y declarase su significacion, la ilustre distincion de la púrpura y el collar de oro. Los sabios miraban, y cada vez mas perplejos enmudecian. La turbacion del Rey se aumentaba, y los cortesanos seguian en la mayor consternacion. Informada la Reina de lo ocurrido, 6 inquieta por la situacion de su esposo, acudi6 á tranquilizar su mente: Manda venir á Daniel, le dijo; en

El se halla el espíritu de los santos dioses; tu padre conoció su sabiduría admirable, y por eso le hizo Príncipe de todos los sabios. Daniel fué introducido y Baltazar le ofreció la púrpura, el collar y el tercer lugar en su reino, si podía leer y esplicar aquella espantosa escritura. El santo Profeta respondió: «Guarda, o Rey, esos premios para tí, y reserva los dones que me ofreces para otro; yo te leeré esas palabras, y te mostraré su significacion. O Rey, tu padre Nabucodonozor fué un Príncipe grande é ilustre; mas cuando su corazon se engrió, y se obstinó su ánimo en la soberbia, fué reducido al estado de una bestia, comió yerba, y el rocío caía sobre su cuerpo, hasta que reconoció el poder eterno del Altísimo sobre el reino de los hombres. Y tú, o Baltazar, siendo hijo suyo, y sabiendo todo esto, no has humillado tu corazon, y te has abzado contra el Dominador del cielo, trayendo los vasos sagrados de su culto á tu mesa; para beber en ellos tú, tus vasallos, tus mugeres y tus concubinas: tú has profanado estos sagrados vasos, dando alabanzas á unos dioses que no ven ni oyen ni sienten, y no has glorificado al Dios en cuyas manos está tu vida. Por tanto ha enviado esos dedos para mostrarte escrita tu condenacion en estas tres palabras: MANE, TECEL, FARES. Oye ahora la significacion: MANE, Dios ha numerado tu reino, y le ha puesto término; TECEL, has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto; FARES, tu reino has sido dividido, y se ha dado á los Medos y á los Persas.» Baltazar oyó atento la sentencia fatal, y enmudeció resignado: mandó ves-

tir á Daniel la púrpura, echarle al cuello el collar, y proclamarle el tercer hombre en poder en todo su reino, sin sospechar la proximidad de su castigo. Aquella misma noche fué muerto en su palacio, y Dario, Príncipe medo, proclamado Rey de Babilonia.

Por la muerte de Baltazar quedó estinguida la línea de los Monarcas caldeos, y fué ocupado el trono por la estirpe de los Medos. Dario, hijo de Asuero, fué el primer Príncipe de esta dinastia que reinó en Babilonia. Este Rey estableció ciento y veinte Sátrapas: como Gobernadores de otras tantas provincias de que se componia su reino; los cuales habian de recibir las órdenes y dar cuenta de sus respectivos gobiernos á tres Príncipes que habia nombrado el Rey como ministros principales del Estado. Uno de estos tres era Daniel, á quien Dario respetaba como á un hombre lleno del espíritu de Dios; y viendo en él cada dia mayores muestras de su sabiduría é integridad, pensaba hacerle su primer ministro, lo que llenó de envidia á los nobles, no pudiendo sufrir el alto favor y esclusiva confianza que gozaba el hebreo cautivo. Estos émulos conspiraron contra Daniel, pero no podian hallar pretesto alguno para indisponerle con el Rey; tanta era su fidelidad y virtud. Ellos habian observado la inviolable adhesion de Daniel á los mandamientos de la ley de su Dios, su firme piedad y constancia en la práctica de sus devociones; é imaginaron con sagacidad un medio de hacerle quebrantar un edicto Real en la observancia de su religion.

Estaba establecido en el gobierno de los Medos, que todo decreto firmado con el gran sello del Rey no podia ser alterado por circunstancia alguna, ni traspasado por ninguna persona impunemente. Los émulos de Daniel se valiéron de esta costumbre para sorprender al Rey, y hacer caer al Profeta en el lazo insidioso. Resuelto el plan se presentáron al Soberano y le dijéron: O Rey Dario, todos los Príncipes de tu reino, los Sátrapas, Senadores y Jueces son de parecer, que se publique un edicto imperial mandando: que todo aquel que presumiere en el término de treinta dias ofrecer alguna oracion, súplica ó petición á Dios ó á hombre alguno, excepto el Rey, sea echado á los leones. El incauto Dario confirmó, selló y hizo publicar el decreto. Daniel lo supo despues de la publicacion, cuando no podia ya oponerse con sus consejos; pero la fidelidad que profesaba á su Dios era tan firme, que ningun decreto humano podia apartarle del cumplimiento de la ley santa de su Dios. Daniel acostumbraba invocar á su Dios tres veces cada dia, abriendo la ventana de su cámara que miraba á Jerusalem, y arrodillado rogaba fervorosamente al Señor Dios de Israel. Los enemigos que le espíaban con la mayor solicitud, le halláron orando como solia ántes del decreto, y se presentáron á Dario diciendo: O Rey, Daniel el Hebreo cautivo de Judá, con menosprecio de tu decreto ora con la ventana abierta tres veces cada dia. El Rey se afligió en estremo y queria salvar á Daniel, pero los nobles le espusiéron la inviolabilidad del decreto segun la ley

del imperio; y no pudiendo resistir la alegada necesidad de la ejecucion, se halló forzado á firmar la sentencia; entónces volviéndose á Daniel le dijo: Tu Dios á quien tan firmemente adoras, te salvará.

Daniel fué llevado de la presencia del Rey al lago de los leones y entregado á las fieras, fué puesta otra vez la losa que cubria la entrada, sellada con el anillo del Rey, y rubricada con los anillos de los Nobles. Dario se retiró á su palacio y pasó toda la noche sin comer, sin beber ni dormir: el pesar por la desgracia de su amigo le inquietaba tanto, que salió de su palacio temprano y fué acelerado al lago; se acercó á la reja y con triste voz dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, ¿te habrá protegido tu Dios? O Rey, respondió Daniel, vive para siempre, mi Dios ha enviado su Angel, y ha cerrado la boca de los leones para que no me hicieran daño, porque en nada he ofendido contra el Señor mi Dios, ni contra el Señor mi Rey. Transportado el Rey de gozo hizo venir á los nobles que habian rubricado la losa, mandó salir á Daniel, é hizo echar en el lago á todos aquellos que le habian instado á firmar la sentencia contra él: los enemigos del Profeta fuéron despedazados por las hambrientas fieras, oyéndose desde afuera el crujido de sus huesos quebrantados. El Rey Dario publicó entónces un decreto, para que todos los habitantes de su imperio honrasen y reverenciasen al Dios de Daniel, porque él solo es el Dios viviente y eterno por los siglos de los siglos, cuyo reino no será destruido, y su poder durará hasta la eternidad.

Daniel tuvo muchas visiones en las que el Señor le reveló varios acontecimientos futuros, como el engrandecimiento y decadencia de los cuatro grandes imperios de la tierra, Asiria, Persia, Grecia y Roma. El Profeta escribió con tanta claridad las circunstancias particulares de estas revoluciones, que los más incrédulos filósofos se han hallado confundidos al ver el exacto cumplimiento de cada una, y no han podido dejar de confesar, que sólo un Dios soberano del universo podía habérselas mostrado. Los Doctores Judíos de los primeros siglos de la Era cristiana, empeñados en negar la misión divina de Jesucristo, buscaban en la oscuridad de algunas profecías fundamento para invalidar las otras. La claridad de los vaticinios de Daniel los sorprendía, y no pudiendo tergiversar las expresiones terminantes de sus anuncios sobre la venida del Mesias prometido, negaban que Daniel había sido profeta. Evasión futilísima, pues el nombre del profeta no enerva la fuerza de la profecía: y esta, bajo el nombre de Daniel, estaba escrita en caldeo y en hebreo, mucho antes de ser traducida al antiguo griego por los setenta intérpretes, doce años ochenta y cuatro años antes de la venida de Jesucristo.

La profecía más notable y más importante de todas las de Daniel es aquella en que especifica y determina el preciso tiempo de la venida del Mesias. En el año primero del reinado de Dario, Daniel estaba profundamente considerando los setenta años, que había de durar la cautividad de los Judíos según la

predicción del Profeta Jeremias. La presencia de los males que afligían al pueblo de Israel, movió al Profeta á implorar la misericordia del Señor, cuando el Angel Gabriel llegándose á él, le dijo: O Daniel, ahora vengo para instruirte y darte conocimiento; has de saber que setenta semanas es el plazo señalado á tu pueblo, para que fenezca la prevaricación y sea borrada la maldad; para que venga la justicia perdurable, tenga cumplimiento la profecía, y sea ungido el Santo de los Santos. Sabe pues, y nota atentamente: desde la salida de la orden que será publicada para la reedificación de Jerusalem hasta Cristo Príncipe, serán sesenta y nueve semanas. Y después de sesenta y nueve semanas, en la mitad de la semana siguiente, será muerto el Cristo, y el pueblo que le negará no será llamado suyo en adelante. Y vendrá un pueblo con un caudillo que destruirá la ciudad y el Santuario; cesará la hostia y el sacrificio; vendrá sobre el templo la abominación de la desolación, y esta desolación durará hasta la consumación y el fin.

Ahora bien; las circunstancias principales de la vida de nuestro Salvador Jesucristo, su nacimiento de una virgen inmaculada, sus milagros, su pasión, muerte y resurrección, fueron claramente reveladas al Profeta Isaias; de modo que sólo restaba que revelar á Daniel el tiempo preciso en que estas promesas debían tener su cumplimiento. Según el sistema de alegoría usado en el estilo profético y común entre los Judíos, las semanas del Profeta incluyen años en lugar de días, siete años cada semana: y siendo la